

HICKEY Y PELLIZONI, MARGARITA (1740–1791)

*DIÁLOGO ENTRE LA ESPAÑA Y NEPTUNO*

Llora España la pérdida de Cevallos; y Neptuno movido de sus lamentos sale de las aguas a preguntarle la causa de su aflicción

NEPTUNO

¿Qué llanto, España, es ese lastimoso  
con que inundas tu noble continente?  
En tan próspero día, tan dichoso,  
¿qué puede, di, aquejarte justamente?  
De lo profundo de mi albergue undoso  
me sacan tus gemidos diligente.  
¿Qué tienes? ¿De qué gimes? ¿Qué te inflama,  
cuando ocupas el orbe con tu fama?

¿No eres, ¡oh España! madre venturosa  
de tanto Héroe ilustre esclarecido,  
cuyas hazañas ínclitas, famosa  
te han hecho, y tu nombre han aplaudido?  
¿No te aclaman las gentes animosa?  
¿En todas las edades no has oído  
gloriosa resonar España, España,  
por cuanto el sol alumbra, y el mar baña?

¿No has sido siempre, aunque a la envidia pese,  
del uno al otro Polo celebrada,  
ya en paz, ya en guerra, en letras, o armas fuese?  
¿No eres tú, en fin, la que aumentaste osada  
porque tu fama en él caber pudiese,  
los ámbitos al mundo con su espada?  
¿Y en tiempos más remotos, la que freno  
puso, al orgullo indómito Agareno?

¿No es Carlos tu Monarca poderoso?  
Carlos, cuyas virtudes, cuyas glorias,  
lo justiciero viniendo a lo piadoso,  
será materia digna a las historias?  
¿Vigilante atendiendo, y cuidadoso,  
a que dejen probado sus memorias  
el axioma de ser feliz la tierra,

que gozando de paz, piensa en la guerra?

¿En sus ínclitos hijos, descendientes  
de tantos regios pechos generosos,  
de tantos campeones, que valientes,  
sus nombres han sabido hacer famosos,  
a pesar de la envidia, en continentes  
extraños y remotos, los gloriosos  
rasgos no ves, indicios y señales,  
de que han de ser sus hechos inmortales?

En el Carlos, que el cielo a ser destina  
el cuarto de la España venturosa,  
¿no penetra tu juicio, no adivina  
cuán felice, cuán regia, cuán gloriosa  
su Reinado ha de hacerla? ¿Y que divina  
providencia, queriendo que dichosa  
sea esta Monarquía, destinado  
le tiene a ser de Príncipes dechado?

¿En Luisa su Esposa no reparas?  
¿No ves sus perfecciones, su belleza,  
su bondad, su virtud, su amor, sus raras  
prendas con que adornar naturaleza  
quiso su Real Persona? ¿En quien no avaras,  
prodigas sí, las gracias, con destreza,  
tantas han derramado, que blasonan

de ser ya más, desde que a Luisa adornan?

Luisa de la lis la más hermosa  
de cuantas hasta ahora ha producido  
la fecunda feliz Planta famosa  
de las lises, que a Francia han merecido  
tantos Héros gozar, tanta gloriosa  
empresa; que han, en fin, obscurecido  
las Griegas y Romanas, con afrenta  
de cuantas hoy su historia nos presenta.

En los dignos renuevos, que frecuente,  
a la Española Monarquía ofrece,  
hasta en esto mostrándose clemente  
el cielo con la España, ¿no engrandece  
sus timbres y blasones dignamente?  
¿No se ostenta feliz, no resplandece  
entre los dones con que a Luisa inunda

la de haberla también hecho fecunda?

Los Próceres primeros, la nobleza,  
Firmísima columna del estado,  
¿no la ves, no la miras con grandeza  
de ánimo, valientes y esforzado,  
por su Patria y su Rey, a la cabeza  
de las huestes y ejércitos, dejado  
el Patrio suelo, gozos y doseles,  
llenando las Provincias de laureles?

¿Al plebeyo no adviertes contenido,  
sin violencia, rigores, ni castigo,  
en su deber? Dichoso y protegido  
de un Rey justo y Piadoso; que al abrigo  
de su clemencia, y gracias ha sabido,  
a un tiempo siendo Rey, padre y amigo,  
convertir en amantes obediencias  
las inconsideradas resistencias.

¿No ves la Religión? ¿No ves el culto  
verdadero triunfante, y defendido  
del error del engaño, y del insulto  
con que en otras regiones ofendido  
se mira y se lamenta? y que el oculto  
maquinar del impío, su atrevido  
sistema, su arrogancia y fiereza

¿no puede aquí sacar su cruel cabeza?

¿Las artes y las ciencias no blasonan  
su perfección, su lustre, sus aumentos  
en tan feliz Reinado? ¿No coronan  
sus frentes de guirnaldas, de portentos?  
La aplicación, la industria, que las ornan;  
las escuelas de Marte, complementos  
de esperanzas, de triunfos y de hazañas,  
¿no asegura la gloria a las Españas?

¿No es esto así? ¿no es cierto todo cuanto  
de tus faustos refiero presuroso,  
y mucho más, ¡oh España! que mi canto  
se deja por decir ya temeroso  
de no acertar; ¡oh ínclita! con tanto  
como hay que cantar de ti glorioso?  
Dejando ya esa empresa a más sonante

lira, que dignamente de ti cante.

Pues si es así, ¿qué tienes? ¿qué te aflige?  
¿qué lloras? ¿qué sollozas y lamentas?  
Si el gran Jove, que todo lo dirige,  
su fulminante rayo, las atentas  
benignas influencias con que rige  
el universo, a España más contentas,  
promete y vaticina; y más seguras  
que a otra región alguna las venturas?

## ESPAÑA

¡Ah Neptuno! ¡ay amigo! tus razones,  
las glorias que con ellas me recuerdas,  
los timbres, los trofeos, los blasones,  
que me hacen ver tus reflexiones cuerdas;  
aumentan mi dolor, mis aflicciones;  
pues con ellas; ¡ah cielo airado! acuerdas  
las que pierdo ¡ay de mí! en la lastimosa  
pérdida que hoy lamento rigurosa.

Bien sabes, ¡oh gran Rey! ilustre Padre  
de las aguas, y rápido elemento,  
que entre los muchos Héroes aunque ladre  
la envidia más cruel de que me ostento  
por favor de los Dioses feliz madre,  
colmaba mis delicias, mi contento,  
un valiente extremeño, un vexton noble,  
un ilustre guerrero, un fuerte roble.

Un caudillo, un campeón, un fulminante  
rayo del fiero Marte, contra audaces  
contrarios de mis glorias; tan constante  
en defenderlas fiel, que con sus haces  
abatiendo el soberbio, el arrogante  
intento de los fieros contumaces  
émulos de mis dichas, convertidos  
dejaba mis contrarios en rendidos.

Éste pues, ¡oh gran Rey! ¡dura memoria!  
Después de haber tu cristalino imperio  
surcado, y por dos veces la victoria  
llevado, y conducido a otro hemisferio:  
volviendo de él, colmado de la gloria

debida a su marcial bélico esmero;  
a su valor, su acierto, a su fiereza  
belónica, virtud y fortaleza.

Habiendo en otro tiempo en las banderas  
del hijo de Filipo el animoso,  
en la ausonia región, y en las riberas  
del cridano ilustre y caudaloso;  
en el alpe empinado y sus laderas,  
con heroico tesón siempre glorioso,  
probado su valor el cisalpino  
y admirado su esfuerzo el apenino.

Al Theutonico asombrado y contenido,  
al generoso franco y su nobleza  
emulado su espíritu atrevido,  
su valor, su conducta, su destreza;  
uniendo en sí, lo que el esclarecido  
Carlos V, su aliento, su grandeza,  
quería que un ejército tuviese  
para que incontrastable, a todos fuese.

Profiriendo tan hijo de Minerva  
como de Marte su cesáreo aliento,  
que para que un ejército, la acerba  
mudanza de la suerte y desaliento,  
no probase, e invicto sin reserva  
fuese siempre, quería en su ardimiento,  
Italiana la testa, el brazo Hispano,  
y el pecho Alemano.

De este hijo repito de Belona,  
de este Marte famoso, este admirable,  
Adalid, que de triunfos me corona:  
de este fuerte Campeón la inexorable  
átropos, que de cruel siempre blasona;  
movida de la horrisona espantable  
furibunda Meguera, que las vidas  
siempre injusta persigue esclarecidas:

Cuando a gozar venía los honores,  
las palmas, las coronas, los laureles,  
los vivos, los aplausos y loores  
a sus esmeros y servicios fieles  
debidos ¡ay de mí!, ¡fieros rigores  
de esas parcas furiosas y crueles!

Ha osado, en fin, cortar con atrevida  
mano ¡oh gran Dios! su clara ilustre vida.

Y para que conozcas, ¡oh Neptuno!  
que mi aflicción, mi pena y sentimiento,  
en trance tan sensible e importuno,  
en tan fiero rigor, tan cruel tormento,  
es incapaz, ¡oh Dios! de alivio alguno,  
y que ya para mí no habrá contento,  
no habrá consuelo ya, no habrá alegría,  
si poderoso el cielo no le envía:

Sabe que este Adalid, este admirable  
campeón de mis huestes vencedoras,  
este guerrero, en fin, que formidable  
me hacía con su esfuerzo, y triunfadoras  
mis banderas por él del implacable,  
odio y rigor del Luso, vengadoras  
se han ostentando siempre en mil combates.

A pesar de la envidia y sus embates;  
este noble Español, este valiente  
vexon, este celoso y fiel patricio,  
este honor de mi Reino, este eminente  
defensor de mis glorias ¡cruel suplicio!  
este hijo querido y excelente,  
que el hado me arrebató hoy impropicio,  
este timbre y honor de los vasallos,  
de Carlos, es el ínclito Ceballos.

## NEPTUNO

¿Ceballos? ¿Qué es ¡oh, España! lo que dices?  
¿Qué pronuncia tu labio? ¿Qué profieres?  
¿Razón tiene tu llanto! ¿Qué predices  
con ese contratiempo, que refieres?  
¿Ceballos? ¡cielo santo! ¿Qué infelices  
hados contra tus glorias, cuando quieres  
extenderlas dichosa, las abate,  
del azar e infortunio al cruel combate?

¿Ceballos, ¡qué es lo que oigo! ha fallecido?  
¿Ceballos? el valiente, el esforzado,  
el sagaz, el prudente, el prevenido,  
el constante, el dichoso, el que allanado

hubiera con su aliento, si vivido  
hubiese algunos años ¡cielo airado!  
Las empresas para otros imposibles,  
y a su juicio y valor sólo accesibles.

¿Ceballos, en quién Carlos Soberano,  
sus aumentos, sus triunfos, sus victorias,  
fiaba y esperaba, si inhumano  
el hado ¡qué desgracia! de sus glorias  
envidioso quizá con fiera mano,  
no hubiera célebres memorias  
el curso detenido? ¡ah, noble España,  
con razón te lamentas de su saña!

Razón tiene tu llanto, tus lamentos  
se ostentan con razón; llora afligida  
pérdida tan cruel, pueblen los vientos  
tus quejas y sollozos; que debida  
será toda aflicción y sentimientos;  
porque toda una edad, toda una vida  
es menester, y acaso no es bastante,  
para lograr un héroe semejante.

Yo también, noble España, te acompaño  
en tan justo dolor, en tan acervo  
pesar, y pues que yo con gloria baño  
tus costas siempre regias, el protervo  
suceso lloraré, sentiré el daño  
que en ese azul papel leo y observo  
que a los dos de tal pérdida resulta,  
pues a los dos con ella el hado insulta.

Y con ella me acuerdas ¡oh tirana  
fortuna! ¡oh cruel desdicha siempre fiera!  
la que un tiempo en la noble ilustre Habana,  
padeciste también por la severa  
ley de la suerte adversa e inhumana,  
que en tu daño parece que se esmera,  
en otro Héroe marcial, un Dios marino,  
dotado de valor y honor divino.

En un Montañés noble, y tan valiente,  
tan hijo de Belona, y sus marciales  
furores; tan ilustre y eminente  
en terrestres empresas y navales,  
que siendo con asombro de la gente

dechado de Soldado y Generales,  
dejó tu continente, con su hazaña,  
absorto, y sin su esmalte mi campaña.

En aquel gran Velasco, descendiente  
de los nobles esfuerzos y constantes  
que de la regia España, la insolente  
turba Agarena infiel, sus arrogantes  
intentos atajaron, y de gente  
tan nociva y cruel, las infamantes  
cadenas y prisiones, cual furiosos  
leones, destrozaron generosos.

Velasco, el que en la pérdida del Morro,  
para que el Inglés bravo de aquel fuerte  
triunfar pudiese, aun falto de socorro,  
era forzoso abriese con su muerte  
el paso a tal desgracia el sacro corro,  
porque no era posible de otra suerte:  
Velasco, honor y lustre de mis mares,  
de la gran Tetis glorias a millares.

Velasco, pues, Marítimo guerrero,  
Marino numen, tutelar de España;  
cuyo heroico denuedo, el venidero  
tiempo cantará siempre, y cuya hazaña  
con aplauso debido y verdadero,  
a pesar de la envidia y su cruel saña,  
propondrá a mis Triones y Clientes  
para imitación digna de valientes.

Velasco, loor de mi ínclito gobierno:  
Velasco de Anfitrite, esposa mía,  
morador gloriosísimo, que eterno  
hubiera hecho su nombre, en quien vivía;  
de mis Nereos amados, el interno  
furor marcial, por quien me prometía,  
renovada mil veces con espanto,  
la gloriosa jornada de Lepanto.

Por quien mis fieras aguas y corrientes,  
mis golfos, mis estrechos y altas mares,  
mis Islas, Archipiélagos, torrentes,  
playas, Puertos y Brazos, ¡ah pesares!  
esperaban lograr, de honra impacientes,  
por sus grandes virtudes militares,

repetidos los triunfos y las glorias,  
de los Austrias, Bazanes, y los Dorias.

Parece, ¡oh noble España! ¡duras suertes!  
que con golpes tan fieros y fatales,  
por pérdidas tan grandes, por las muertes  
de Héroe tan dignos, y Adalides tales;  
de filos tan seguros y tan fuertes,  
empeñados los hados en tus males,  
arrebatar pretenden inhumanos  
a Carlos, las victorias de las manos.

Mas no, ¿qué es lo que digo? cese el llanto,  
mitíguese la pena, el sentimiento  
se temple, que a pesar de rigor tanto,  
el grande Jove, en su estrellado asiento,  
para consuelo de tan gran quebranto,  
benigno me hace ver, ¡oh gran portento!  
las glorias y los triunfos que te esperan,  
de los que en el marcial furor se esmeran.

De aquellos que imitando valerosos  
el ardor de sus nobles ascendientes,  
al templo del honor corren ansiosos,  
a coronar sus sienas eminentes  
de palmas y laureles, que gloriosos  
con hechos y valor resplandecientes,  
sabrán cortar sus manos triunfadoras,  
y sabrán coronarse vencedoras.

De los Silvas, los Córdoba, Girones,  
Solises y Pachecos generosos;  
los Zúñigas, los Ponces y Leones,  
Polafoxés y Osorios valerosos ,  
los Ríos, los Mendozas campeones  
fortísimos, los Zayas venturosos;  
los Cuebas, los Stuardos excelentes,  
los Urreas cantera de valientes.

Los Idiáquez, Espínolas, Arteagis,  
Riveras, los Abarcas y Toledos,  
Patiños esforzados, y no hagas  
cuenta de que yo pueda con mis dedos  
señalarlos a todos, ni en mis aguas  
hay guarismo que pueda de tan ledos  
espíritus marciales llevar cuenta,

que emprende un imposible quien lo intenta.

Y así, dejando ya el empeño inmenso  
de nombrarlos a todos, aunque todos  
merecedores son que por extenso  
de ellos se haga mención por varios modos;  
pues en todos se ostenta el noble intenso  
heredado valor de aquellos Godos,  
que a España, conquistándola, de glorias,  
llenaron de blasones y victorias.

Reservando a otro tiempo tan gloriosa  
empresa, tan debida y alcanzada,  
dígame sólo, ¡oh España venturosa!  
para que de tu pena consolada  
quedes en parte, que en la luminosa  
región de Jove leo ya estampada  
tu ventura; y que el tiempo venidero  
aun será más glorioso que el primero.

Que triunfarás, que vencerás constante,  
que lograrás sucesos venturosos  
mientras tú religiosa, leal, amante  
de tus ínclitos Reyes generosos,  
como hasta aquí, la fama de ti cante  
los títulos ilustres y gloriosos,  
de fiel observadora de las leyes,

y heroica defensora de tus Reyes:

que domarás soberbias arrogancias  
de los que de tus glorias codiciosos,  
de tus conquistas, presas y ganancias  
intenten usurpártelas furiosos,  
pues a pesar de envidias e inconstancias  
de pactos aparentes o engañosos,  
en cada General para tu gloria,  
hallarás un Marqués de la Victoria.

En las expediciones desgraciadas,  
para consuelo de impensados males,  
hallarás en las ínclitas espadas  
de Oficiales, Soldado y Generales,  
un Navía en cada una; y remediadas,  
por su valor desgracias tan mortales.  
Con una retirada más gloriosa,

que a veces la victoria más famosa.

Mis Puertos, mis Bahías y anchos Mares,  
te ofrecerán, ansiando tus aumentos,  
los Barcelós terror de las lunares  
escuadras y africanos armamentos:  
y para que en cantar triunfos no pares,  
y que sean perennes tus contentos,  
dulces Cisnes los ríos que canoros,  
perpetúen tus glorias y decoros.

Y últimamente, España, tu destino,  
que será el más dichoso, más pujante,  
más ilustre, más próspero y divino;  
más noble, más augusto y más brillante,  
auguro, pronostico y vaticino;  
y que en colmo de dicha tan constante,  
verás resucitado en los vasallos  
de Carlos, cada instante al gran Ceballos.

## ESPAÑA

Paguete el cielo santo, ¡oh gran Neptuno!  
el consuelo, el descanso, la alegría,  
que en pesar tan acervo e importuno  
me has dado con tu ilustre profecía;  
quiera siempre piadoso, uno por uno,  
en favor de esta noble Monarquía  
comprobar tus pronósticos felices,  
las venturas que auguras y predices.

Y que a Carlos en pago de su celo,  
de su piedad, justicia y su constancia,  
su religión, su esfuerzo, y su desvelo;  
la sumisión debida, la abundancia,  
el amor y obediencia, el justo cielo  
en continua admirable consonancia  
produzca en estos reinos; que constantes,  
excedan en fineza a los diamantes.

Y que en igual balanza sus gloriosos  
súbditos y vasallos preeminentes,  
de sus justos intentos y piadosos,  
y de los de sus regios descendientes,  
logren continuas pruebas; y gozosos

con dichas tan subidas y excedentes,  
les disputen colmados de portentos,  
a los Elíseos campos los contentos.

#### NEPTUNO

De esa suerte tus héspedes famosos,  
felices vivirán, y no te callo,  
que por la misma, justos y piadosos  
monarcas lograrán, pues veo y hallo,  
que en recíprocos nudos y dichosos,  
es premio del buen Rey, el buen vasallo;  
y por divina arcana y justa ley  
el del vasallo bueno, es el buen Rey.